

CUENTOS FANTÁSTICOS



ALDO SUÁREZ

Esta es una edición digital de:



Ilustración de portada: Natalia Chás.
Fotocomposición: *TresDie*.

Cuentos Fantásticos

Una recopilación de relatos, cuentos y fábulas de
Aldo Suárez

Indice.

El pastoreo.

Pergaminos.

Mascarillas Más Querellas.

El Monje que murió feliz.

Lo elemental es invisible a algunos ojos.

14 Cuentitos Cortos:

El Gurú

El Nacimiento del Ego

La lección de Mandolín

La cigarra y su Dolor

Reclutaje

Hallazgos

La muerte del Sabio

Los Libros

El Don comercializado

El Homo-electrónicus

La risa interna

Los Nidos

Mentes

¿Hombre Nuevo?

Pastoreo

Una verde pradera, mansa y apacible como pocas. Una linda mañana invernal, promesa de un día lindo y soleado pero que aún lucía su neblinoso vestido. Hacía rato que el pastor se encontraba sumido como en un hondo pensamiento. Sus ovejas pacían plácidamente, se diría. La inmensidad del verdoso marco que los rodeaba y las altas cumbres no hacían más que propiciar tal estado.

Tenía una preferida. Todos la tienen. Esa oveja que de esquilarse, sería la última. De carnearse, quizá se dejara para otra zafra... Y la mañana, seguía brumosa y húmeda, con ciertas zonas neblinosas, por aquí y allá; campos adentro.

Su oveja preferida se había alejado del resto, como siempre y, tanto como le permitía el pastor. Y se lo permitía porque era como él; descarriado, la monotonía le aburría y esa oveja que le agregaba un ingrediente a su tarea, le agradaba, simpatizaba. Ante la costumbre de las otras y el celo vigilante del perro ovejero, ésta otra le aportaba algo de aventura a la tarea.

Los bancos espesos de niebla se arrimaban desde la falda de un cerro cercano. Eran como elementos autónomos de espesa conformación. Hacia allá iba la oveja, se veía como un ovillo blanco, casi desafiándolos. La dejó, preguntándose: —¿A dónde irá esta?

Sabía que tarde o temprano volvería, como siempre. Las otras ovejas, en cambio, casi no

balaban, es más, hacia rato que también estaban sumidas en el silencio.

La oveja desapareció entre la niebla.

Poco dejó pasar el pastor y comenzó a llamarla, chistando como siempre lo hacía cuando necesitaba imponer nuevo rumbo. En el silencio del campo, sus silbidos se remontaban más allá de lo imaginado... Tal vez las ovejas de otros pastores también lo sintieran, no se podía saber. La apacible calma parecía ser esa que precede a la tormenta y algo sucedió de súbito que él y el rebaño observaron atónitos. La descarriada oveja que había desaparecido en la niebla, devuelta al campo ¡hecha literalmente un ovillo ensangrentado, casi desmembrada y como si alguna diligencia de la ciudad, con ocho caballos a todo galope, o más, la hubiera llevado por delante!

Rugió un estruendo brutal anteponiéndose a tal fenómeno provocando que los cientos de pares de ojos ovinos, humanos y perrunos se volvieran al unísono. Costaba creer que algo tan descomunal pudiera hacer volar aquel animalito por los aires. Por un momento el silencio fue más hondo que el anterior.

—¡A la mierda! —atinó a decir el hombre que pocas y raras veces decía palabrota alguna. Tras lo cual echó a correr hacia el lugar del siniestro.

Todo el rebaño apuntaba sus ojos para el mismo sitio. El perro, que estaba quieto junto a su amo y que había parado las orejas segundos antes del raro incidente, se incorporó sobre sus cuadrúpeda conformación y ladrando corrió también, detrás de su dueño, al que no tardó en

alcanzar y pasar para tomar la delantera. El pastor lo siguió gritándole de atrás. No valla a ser que corriera el mismo destino.

La niebla parecía moverse raramente. No había viento, sin embargo se comportaba como si éste la arremolinara y la hiciera conformar caprichosas figuras. El pastor corrió hacia la oveja, el perro no. El perro fue derecho a la niebla de donde venían ahora extraños sonidos mezclados con voces que se adivinaban humanas.

Reculó. No solo al ver a su oveja preferida destrozada, sino al sentir aquellas voces y ruidos extraños. Se dijo; algún acto de brujería, seguro; alguna procesión maléfica de gentes que sacrifican animales, deben venir abriéndose paso ante cualquier obstáculo que amenace impedir su marcha. Pero no se decidía por cual fenómeno era más descabellado. Porque las voces eran lo menos notorio y que el supiera, harto conocedor de esos parajes, no había camino alguno que albergara tamaña caravana.

Lo que más resonaba eran una especie de zumbidos estridentes que tanto se expandían como se contraían casi en el mismo instante, pero trasladándose de izquierda a derecha. A veces al revés. El perro desapareció también entre la niebla y el pastor le gritó:

—¡Mincho!

Se fue atrás de él, penetrando también en la niebla al comprobar que su aspecto no era otro que el de un banco común... pero: lo que vio no tenía nombre...

—¡Pero, la puta madre! —espetó sin el más mínimo pudor y presa de un aterrador desconcierto. Aquella niebla era como un agujero que tanto mudaba sus formas como su tamaño. Ahí nomás, al frente suyo había una estructura brillante, como la carcasa de una diligencia, pero más redondeada y chata; como decir, estilizada... Y los zumbidos pertenecían a otras que surcaban de un lado a otro. Lo que sí, que la que tenía en frente tenía unos niños adentro. Fue lo único que lo hizo reaccionar y permanecer allí parado y no regresarse. El perro, mudo; también asustado y sorprendido.

Unas personas, un hombre y una mujer caminaban al rededor de la estructura y lo miraban con expresión desesperada y angustiada. Sus rostros eran llanos, pálidos y de aspecto extraño, dada la conformación angulosa y la tez oscura del pastor y la de su gente. Forasteros, sin dudas. Pero esa rara carroza en la que estaban los niños era lo que lo tenía mal, ya no las vestiduras de la pareja, sus géneros y colores; ya no la tiara que llevaba la mujer, momentos antes sobre el rostro y luego sobre su cabeza, en la que reflejaba el sol en destellos. El hombre llevaba cosa igual sostenida del cuello... Miró de súbito a la carroza, hasta se reflejaba su figura en los flancos de aquello.

—¿Era su oveja? —preguntó el hombre, quebrando el silencio y para sorpresa del pastor que ya estaba por socorrerlos, ayudando a rescatar a los niños de esa cosa.

—Si... —ya no importa, pensó para sus adentros.

—Lamento mucho haberla atropellado, mire, se la pagaremos... —dijo el hombre y extrajo de entre sus ropas unos papeles coloridos. Como unos pagaré sellados y con diversos colores...

—No, no... no quiero nada —dijo y señaló hacia atrás, hacia donde ni miró, pero que instintivamente presto oído para ver dónde estaba el resto de las ovejas, en señal de que no tenía para el mucha importancia, tenía cientos de ovejas más. Le interesaban los niños, que al parecer sus padres ni se preocupaban, absortos en enmendar el daño echo a la oveja. Le costó hacerse una composición de lugar. ¡Vaya que le costó!

La pareja se comportaba extraño e indiferentes a lo que el pastor percibía. Grande fue su sorpresa cuando, al mirar hacia atrás no vio al resto del rebaño, es más, ¡no vio nada! Nada más que campo. Ni loma ni nada. Él, el perro y la nada detrás de ellos. El pastor se horrorizó y al ver que la niebla se disipaba, todo le pareció una gran pesadilla y no atinaba a nada. Ahora los niños entraban y salían de aquello que al parecer les era familiar y ellos, perro y pastor, eran los extraños ahora.

Corrió como nunca antes lo había echo hacia la niebla que era precisamente por donde todo se había desarrollado. Tuvo que cruzar un alambrado que casi le arranca una pierna y dejó atrás el fenómeno, carroza extraña, gente rara y niños por el estilo. Ahora le interesaba llegar donde el banco, donde su vida.

Al salir de la niebla que ya desaparecía, su perro y el caminaban en busca del rebaño que pastaba lejos de allí, justo en el camino que trazaban diariamente. Exhaustos pasaron por donde su oveja estaba tirada y los cuervos ya estaban sirviéndose. Llegaron a reunirse con su rebaño y el perro parecía tener un diálogo íntimo con el pastor, ambos en silencio.

Cuando se repuso de la agitación el pastor se aprestaba a proseguir la marcha con su habitual silbido.

En el silencio del campo, sus silbidos se remontaban más allá de lo imaginado...

Pergaminos

—El trabajo es fácil -le decía el arquitecto a Alfredo, el constructor-. Quieren picar todo el material que está sobre la piedra de la construcción primitiva y ver en qué estado se encuentra para construir allí los pilares de la nueva obra.

Alfredo asintió, enrollando unos facsímiles de antiquísimos planos. Concertaron los últimos detalles para comenzar la obra que tenía la particularidad de contar con unas condiciones de estricta reserva por parte de todos los obreros que en ella trabajasen. Contaba además, con varias recomendaciones que salían un poco de lo común. Entre otras cosas, debían permanecer en los sótanos del monasterio hasta finalizar por completo la labor asignada, además de trabajar sólo durante algunas horas del día en intervalos precisos. La paga era buena, muy buena. Las condiciones un tanto extravagantes pero respetables del punto de vista del favorable acuerdo económico. Debían trabajar poco menos que como mineros, en la absoluta oscuridad de los extensísimos sótanos.

Alfredo, en unos días reunió a los obreros, los que consideró más idóneos para tal tarea y los dispuso a organizar la labor cuasi expedicionaria. No contarían con iluminación eléctrica, pues los sótanos no eran usados y las extensiones de cables hacia el lugar pactado era una tediosa y costosa labor que los monjes no querían afrontar, dada la premura y la discreción del trabajo que,

por otra parte, ofrecía serias resistencias en el censo de la abadía.

Reunidas las provisiones, todo el equipaje en orden, los cuatro trabajadores que arribaron a la nave parroquial en horas de la madrugada, se dispusieron a trasladar los bultos. Pesados bolsos con víveres y herramientas, ropas, una carretilla y catres desarmables, iban bajando de a tramos hasta donde fueron acompañados por un monje. De allí en más y guiados solo por los planos siguieron bajando, iluminados por las linternas de sus cascos, hasta el lugar donde debían trabajar. La labor se centraría y basaría en el reloj que llevaban y que se iba a convertir en su brújula, además de las pesadas baterías para las linternas que tuvieron el recaudo de reunir.

Lo primero a realizar antes que nada, era colgar en un lugar adecuado el reloj, brújula y patrón. Una linterna lo iluminaría siempre. Instalaron los catres, los víveres a resguardo de la reinante humedad y cada cual sus ropas y enceres personales. En una mesita desarmable apoyaron un farol a mantilla y una radio que apenas sintonizaba una difusa emisora.

—¿A cuántos metros debemos estar? —preguntó Mariano, uno de los obreros, intentando mover el receptor hacia algún lugar que captase mejor la estación.

—Ni idea —le contestó Alfredo.

—De todas formas apagá esa cosa, aturde más el ruido que lo que sintoniza.

Ese era Franco, el más pragmático en su accionar que racional. Y “El Tapia”, permanecía

callado, como siempre, como era su costumbre. Era muy difícil sonsacarle una palabra.

La oscuridad era absoluta. Los sonidos se propagaban más allá de lo que se podría estimar y la humedad se hacía sentir, no solo en la temperatura sino en el olor al que costaba acostumbrarse. Mariano, Alfredo, Franco y El Tapia, se distendieron, preparándose a esperar las horas prefijadas para ponerse a trabajar. Para matar el tiempo jugaban cartas, leían, charlaban e intentaban agregarle adminículos metálicos a la radio a modo de antena para poder sintonizar la emisora que cada vez se presentaba más esquiva. El primer intervalo de trabajo ya iba a comenzar sobre las catorce horas. Alfredo dio algunas directrices de último momento y el piqueteo y traslado de material a una pieza que estaba unos cientos de metros, comenzó entonces a buen ritmo.

El Tapia acarreaba el material extraído, que era un escombros muy fino y liviano por un angostísimo y largo pasillo que dificultaba el paso de la carretilla. Luego de recorrer unos cuantos metros debía doblar por un recodo anguloso donde se hallaba finalmente la pieza en la que depositaba el material. La maniobra no era sencilla y había que hacer el recorrido con guantes pues el roce contra la dura e irregular roca de las paredes, lastimaba; y mucho.

Las tareas parecían como signadas, señaladas para cada uno. Solo El Tapia podía afrontar el arduo trayecto por aquel oscuro y tenebroso pasillo, donde se dificultaba el traslado

por lo irregular del suelo, iluminado solo por la linterna de su casco. Del otro lado, Alfredo, Mariano y Franco picaban con destreza las paredes, mirando el reloj que ya marcaba la hora de parar de trabajar para retomar la labor tres horas más tarde.

—¿Ya está?

—Si, ya es la hora.

—¿Apenas comenzamos a calentar los motores y ya debemos parar?

—¿Qué se le va a hacer? —cerró la serie de protestas Alfredo.

—¿Y por qué no seguimos? Total, nadie nos escucha acá abajo —dijo Mariano, que se armaba un cigarrillo con un húmedo tabaco.

—Órdenes, son órdenes...

Quién tenía permitido seguir trabajando, era El Tapia, pues labores que no provocaran ruidos sobre la estructura edilicia, sí se podían hacer, de modo que siguió un rato más acarreando.

Durante el primero y segundo día todo transcurrió como estaba estipulado, interrumpiendo la labor en los intervalos irregulares y trabajando cuando el reloj ordenaba. Era más agotador trabajar de esa forma y el ocio en los intervalos de descanso era insoportable. El olor a humedad se hacía cada vez más acuciante y los humores comenzaban sensiblemente a cambiar.

—¿Podrías terminarla con esa radio? —dijo en voz alta Mariano.

—Bueno, hablando mejor la gente se entiende... — le contestó Franco molesto.

Alfredo se limitó a levantar la cabeza del libro, iluminando así a Franco.

—¿A mi qué me mirás —replicó éste—. Si se puso nervioso, que se trate de calmar.

—¡Desde que llegamos está jodiendo con esa radio, la voy a partir contra el suelo!

—Calmate Mariano, quiere escuchar algo... ¿Acaso soportas el aburrimiento?

—No lo soporto. Pero no por eso molesto a los demás.

Franco se había quedado callado, como era de esperar en él. Pero finalmente reaccionó.

—¿Qué te molesta cagón? —le gritó, mientras se le arrojaba encima para trabarse en lucha.

Volaron los cascos que desafortunadamente quedaron iluminando en direcciones opuestas con sus ya tenues luces. Era difícil intentar apaciguar a los dos hombres riñendo violentamente en aquellas condiciones. Solo los ruidos de las cosas que se iban destrozando, daban la pauta de donde se encontraban.

—¡Basta ya! —gritaba desesperado Alfredo tratando de asir a alguno de los dos por la ropa—. ¡Van a destrozar todo, basta muchachos!

Todo duró hasta que se oyeron los pasos de El Tapia que había dado en varias oportunidades, muestras de ser un hueso duro de roer en peleas, por su físico y descomunal fuerza.

—Terminenla ché... ¡hombres grandes! —decía agitado Alfredo, recuperando el aliento y poniéndose el casco para intentar iluminarlos.

El Tapia estaba parado, observando la escena, sin hacer un solo gesto. Siguió en la suya una vez que hubo comprobado que sus pertenencias estaban a salvo. Contiendas de éstas no se repitieron, a no ser de forma verbal.

Pasaron 10 días y la tarea se dificultaba. El reloj de la pared se había parado por acción y efectos de la humedad, por lo que la guía había pasado a ser el reloj de Alfredo que ya estaba dando señales de correr la misma suerte.

—Ya no sé si es de día o de noche —protestó Franco.

—No tengo idea. Espero que vuelva pronto Mariano para saber donde estamos parados — Agregó Alfredo con una grabe tos.

Mariano había partido en misión de reaprovisionamiento, muy a pesar de las recomendaciones en oposición. Pero la tarea se había vuelto insoportable.

—¿Dónde está El Tapia? —preguntó Franco.

—No sé... pasa más en la pieza que acá, últimamente.

—¿Y qué hay en esa pieza? ¿Vos fuiste?

—No hay nada... ba, ahora el escombros; pero capaz que está menos húmedo y por eso se va para allá.

—No creo... por menos humedad que haya, te aseguro que con nuestro calor está más agradable acá.

—¿No estará haciendo una protesta silenciosa de las de él, no?

—No me parece. Ha estado trabajando parejo, como siempre.

—Sí... no se cansa nunca.

Ni bien hicieron silencio, se escucharon los pasos y la carretilla por el pasillo.

—Mirá... ahí viene.

Como a los dos minutos, de los tres que lleva recorrer todo el pasillo hasta la pieza, llegó El Tapia algo agitado, aunque algo más extraño en su persona, los miró fijo y dijo:

—El escombros...

Un silencio sepulcral -abrasador- se produjo.

—¿Qué pasó con el escombros Tapia? —preguntó extrañado, finalmente Franco, mientras Alfredo se incorporaba asombrado, más por oírlo hablar que por lo que dijo realmente.

—No está el escombros que estuve llevando...

Franco iluminó el rostro de Alfredo al inclinar su cabeza. Alfredo hizo un ademán que adivinó Franco, encogido de hombros. Las caras reflejaban la absoluta extrañeza de ambos. El Tapia no hablaba si no era estrictamente necesario y esas ocasiones eran si violaban sus cosas o maltrataban a alguien en su presencia. Además, si bien era tosco, no era un torpe que no viera el equivalente a dos camiones de escombros en una pieza.

—¿Cómo que no está, Tapia? ¿No lo descargabas en la piecita? —por si acaso consultó Alfredo.

—El escombros no está. Desapareció de la pieza —le contestó firmemente con el rostro casi pegado a la visera de su casco, lo que le daba a su rostro iluminado un aspecto fantasmal.

—Vamos a ver —se apresuró Franco.

Alfredo, ya anonadado por completo, corrió a preparar unas baterías liadas con unos cartones para iluminarse y partieron por el estrecho pasillo. Ciento cincuenta metros de terrorífico camino, en silencio, no se soportaban, o sea, solo El Tapia podía soportarlos. Intercambiaban comentarios vagos, dada lo extraordinario del caso.

—No vayas a hacer ningún comentario, si el escombros está ahí... —le decía por lo bajo Alfredo a Franco.

—Les dije que el escombros no está ahí —dijo firmemente El Tapia, parando la marcha, ya muy serio y harto del descreimiento. Lo que le agregó a aquella atmósfera un multiplicado horror.

—Ya te entendimos Tapia... —dijo intentando calmarlo Franco—, no es que no te creamos —continuó balbuceante—, es que, es raro...

—Tranquilo, ya entendí Tapia. Perdón, no quise ofenderte. Mereces todo mi respeto, como siempre. Pero no vas a dudar, como dice Franco, que es algo increíble, es decir, ¡que desaparezcan cuatro metros de escombros!

El Tapia no dijo nada. Sabía que habían captado el mensaje y captado cual era la situación; siguió viaje. El resto del trayecto fue eterno, las conjeturas, miles, las cabezas no paraban de intentar explicar el fenómeno.

—Con razón... —dijo Franco, quebrando el silencio—, yo veía que era todo muy extraño.

—Esta es la pieza donde descargaba el escombros —dijo frío El Tapia al doblar el recodo.

A Alfredo se le doblaban las rodillas. Franco que pasó por delante para cerciorarse, quedó

mudo, y el Tapia apoyado en el umbral levantaba las cejas.

—¿Estás seguro? —atinó a decir Franco, pues otra cosa no cabía, al ver la pieza sin una pizca de escombro.

Alfredo conociendo el paño, atinó a dar un paso para quedar enfrentado a El Tapia, por las dudas, aunque supuso que éste había entendido la retórica.

—Escuchame Tapia —introdujo Alfredo moderando su alocución al ver que El Tapia no estaría dispuesto a tolerarlos más—, ¿no es posible que hayamos pasado por alto otra entrada?

—A mí me pareció re largo —agregó Franco animado por Alfredo.

—Vos nunca viniste —cortó seco, apoyando el codo sobre la pared, y agregó; —acá solo está esta pieza, que es donde dejaba el escombro. Y más allá, pero alejada, está la otra que da al patio de la iglesia.

Los gestos de sus compañeros lo sorprendieron.

—¿Cómo que hay otra pieza que da a un patio?

—¿Un patio? Vamos a gritarles que nos saquen de acá.

—Vengan que les muestro —dijo, sorprendido de que no lo supieran.

Caminaron en la misma dirección de donde venían, pero dentro de la misma pieza. La pared hacia donde se dirigían parecía moverse al ritmo de sus pasos, aunque con aquella oscuridad y la

sugestión de todo lo extraño que estaban viviendo nada podía tomarse por cierto.

En determinado momento la pared pareció detenerse y El Tapia comprobó este fenómeno, ahora con más luz, gracias a la de sus compañeros.

—Esto es muy raro —dijo apoyándose en la pared para comprobar que ésta cedía y daba paso a otra pieza, mas chica con una ventanilla rectangular a lo alto, con gruesos barrotes.

—¿Qué es esto? —dijo Franco, alegrándose en parte de ver luz de día.

—Un momento, ¿cómo es posible? Bajamos como cien metros, nos alejamos unos quinientos más, por lo menos...¿cómo esto puede dar al patio de la Iglesia?

—Pero da —contestó El Tapia, consolidando su hallazgo.

—¿Será el patio, Tapia? Quizás de a otro lado...

—Da al patio, ¡si parece que crían burros y ovejas estos curas!

Para comprobar, Franco le pidió a El Tapia que lo ayudara a trepar para mirar por la ventanita. cuando bajó, la extraña expresión de su rostro, terminó por confundirlos aún más.

—¿Qué pasa? —preguntó impaciente Alfredo, el que se apresuró a trepar por el cuerpo de El Tapia, ya sin pedirle permiso como un niño curioso.

—¡No puede ser...! Esperá, no me bajas —decía desconcertado.

Al otro lado de la ventanita de barrotes a una altura de unos cinco metros hacia abajo se veía un entorno que parecía una reconstrucción de época, solo que no podían saber si era fidedigna porque jamás se imaginaron ver lo que veían.

Unas construcciones de piedra, barro y paja, calles empedradas con yuyos ganados sobre los bordes no muy transitados. Gentes en atuendos antiguos, mulos tirando de carros donde se transportaban aves de corral, verduras y enceres campestres. Niños correteando animales sueltos en un entorno con olor muy particular formado de todos los aromas, incluso a aguas servidas y leve putrefacción; gentes que deambulaba naturalmente.

Decidieron que por allí debían salir, y volvieron hacia donde tenían los pertrechos, del otro lado del pasillo. Mariano no había vuelto de su diligencia, por lo que organizaron una expedición en su búsqueda pues hacía dos días que se ausentaba. Vagaron largamente por el laberinto de oscuros y tenebrosos pasillos, con los pedazos destrozados y enmohecidos de los planos, que poco y nada ayudaban. Se salvaron de no perderse por la precaución de atarse las manos, uno con otros con largas sogas.

La tarea resultó imposible. Intuyeron que Mariano ya había encontrado el camino a la abadía y debían apurarse a salir para frenar su regreso. No habían dudas de que el fenómeno del escombros era un hecho y muy asustados, lo único que deseaban era salir de allí ya sin importarles el término del trabajo. Volvieron a la extraña pieza.

Esta vez cargaron todo lo que pudieron en la carretilla. Presurosos llegaron al lugar donde el comportamiento de la pared también se confirmó ante sus ojos. El Tapia iba al frente pues ya era experimentado. Llegaron y decidieron entablar contacto con alguna persona para que dieran aviso a los monjes.

Había caído la tarde. Nadie transitaba por las calles y apenas un leve murmullo se oía a lo lejos. La extrañeza de los obreros los llevaba a tener precaución con lo que decidieran hacer pero los apremiaba la noche que comenzaba lentamente a oscurecer el cielo. De cuando en vez, alguno trepaba a la ventanita cuando oía pasos o ruidos desde afuera.

El Tapia montó guardia durante un rato. Costaba imaginarse qué aspecto tendría aquella pieza, celda, desde afuera. De pronto un transeúnte con un farol en la mano pasaba por debajo.

—¡Hey! Acá... ayuda... —le gritó.

Los otros se levantaron excitados.

—Por favor aquí... —repetía blandiendo una prenda.

El extraño miró asombrado.

—Denme una linterna —pidió a sus compañeros.

Al iluminarlo, el extraño hombre salió corriendo despavorido exclamando: ¡Ave María Purísima!

—Salió corriendo.

—¿Quién?

—El hombre que pasaba.

Perdieron la percepción de la realidad. Ya no sabían si harían lo correcto al intentar entablar contacto con la gente de afuera. Estaban ahora presos en una horrible celda, donde una de las paredes se movía extrañamente y, donde metros atrás desaparece escombros; mucho escombros.

Debatieron un buen rato acerca de lo que debían hacer.

—¿No pasó el tiempo para esta gente?

—Para mí es una ciudad interna, dentro de la iglesia.

—¡Como el Vaticano...!

Nuevos ruidos del lado de afuera, interrumpieron sus reflexiones.

—¿Qué será? —dijo Alfredo, alentando a El Tapia a subir.

Desde afuera, dos individuos con faroles, intentaban dar luz a los altos muros para observar a los extraños encerrados en aquella celda. Desde luego que no lo lograban, pero El Tapia tuvo la feliz idea de iluminarse la cara, tal y como los veía a ellos. El hombre que los descubrió y un muchacho de toga marrón, dieron unos pasos hacia atrás algo asustados.

—Hey... ¿cómo podemos salir de aquí?

—Pues, tienen que torcer los barrotes. Volvemos en un rato —dijeron los lugareños al tiempo que partían corriendo.

Los obreros utilizaron las herramientas que traían y en un rato, no sin mucho esfuerzo, lograron desencajar las rejas enteras. No obstante, debían picar un poco más para que pasaran sus cuerpos. Al rato, una veloz piedra proveniente de

afuera roza sus cabezas para quedar en el suelo, luego de rebotar en la pared contraria.

Se miraron los tres. Luego El Tapia la recogió del suelo para comprobar que una tosca hoja venía liada al pedrusco. En la misma decía:

“Caros visitantes, os ruego que cesen la bulla y se apresten a seguirnos”.

—¿Visitantes?! —exclamaron casi al unísono.

Los lugareños, que no se hicieron esperar, habían traído una tosca escalera de tirantes poco firmes y sin suficiente altura, que apoyaron sobre los desperfectos muros, para que los forasteros pudieran salir. Unos cuantos rasguños y algunos golpes severos sufrieron en el intento de bajar. Tal era la dificultad que el último, Alfredo, lo hizo casi en caída libre luego que cedió la tortuosa escalera.

Exhaustos, asombrados y hambrientos, los obreros seguían a los dos buenos hombres que misteriosamente habían rescatado a tres extraños de una horrible prisión. Al mirar, dejaban al viejo edificio de una abadía de muchísimos siglos atrás; eso era seguro.

Llegaron a una cabaña, a unos veinte minutos de allí, escondida entre una tupida vegetación y alejada de los pasadizos y calles estrechas que tuvieron que atravesar. Luego de instalarse, el muchacho por primera vez se refirió a ellos:

—Me llamo Darío, tengo diecisiete años y el Padre Cibelius me preparó hace más de diez, para esta ocasión. Siempre dudé que fuera posible...

Los obreros se miraron, como ya tantas veces desde el comienzo del día. El joven prosiguió:

—Cada primavera, me explica paso a paso todos los procedimientos para trasladar a los condenados hasta aquí y luego llevarlos con ellos.

—¿Condenados?

—¿Entonces no es la primera vez que...?

—No. El lo viene haciendo, desde hace muchos años.

—A propósito... ¿en qué año estamos? — intervenían de a uno los obreros buscando explicación a todo aquello.

—En el año de Nuestro Señor 1358.

Franco sonrió escéptico.

—¿Qué es esto una mala broma o un extraño experimento? —replicó Alfredo.

—No sé a que se refieren, pero de todas formas, quien tiene las respuestas es el Padre Cibelius con quien los tengo que llevar antes del amanecer.

El segundo lugareño miraba asombrado a un lado. Sostenía el farol escuchando el extraño acento de los forasteros.

—Descansen y coman alguna fruta. Debo ir a avisarle al Padre para que me diga cuando es conveniente que los lleve con él.

—Pero, ¿él puede ayudarnos a volver?

—No tengo la respuesta... —finalizó el joven para marcharse junto con su acompañante.

Era inexplicable la sensación de los tres obreros, ahora, viajeros del tiempo, que olvidaron el hambre y el cansancio. Hallaban bueno, que alguien supiera lo que pasaba y ello les daba esperanzas. El Tapia salió de la cabaña en busca de aire fresco para calmar las náuseas.

A la luz de un tiznado farol, conversaron toda la noche esperando al joven Darío.

Antes del amanecer y tan rápido como pudieron, los obreros y los lugareños correteando serpenteantes pasajes aldeanos llegaron a la Abadía que se erguía majestuosa ante ellos. Tuvieron que rodearla para ingresar por una escondida puertita de madera que los conduciría, luego de varios pasillos y escaleras, hasta la celda del monje Cibelius.

Evidentemente el retiro, de estos seres, de la vida mundana halla en su lar su más claro sentido. Allí se tiene lo que realmente se necesita para un pensador espiritual. La fe y su honda espiritualidad, lejos de anquilosarlos en pocos conocimientos, los tenía al tanto de todo cuanto sucedía en el mundo. Se las ingeniaban para ello. Esa celda era, en definitiva, una célula de ese mundo, lo que es lo mismo, su mundo condensado. Los viajeros del tiempo estaban por ver por qué.

—Hacía mucho tiempo que no nos visitaba nadie del futuro —dijo, luego de todos los protocolos de saluciones y puestas a punto, el monje Cibelius.

—Quiere decir que usted sabe bien lo que pasa en la torre —afirmó Franco.

—No exactamente en la torre, como habrán podido comprobar, sino en un sitio en particular que queda justo detrás de esta pared —contestó señalando una tosca biblioteca repleta de textos y rollos de papel—. Por aquí circulan diversas fuerzas que confluyen aproximadamente en este

sector. Lo que convierte a el lugar y sus alrededores en un pasaje a “otro mundo”.

—Por lo visto, usted conoce ese “mundo” —dijo Alfredo.

—En varias oportunidades he atravesado el tiempo, si a eso se refiere, pero por mis votos y las creencias tengo vedado revelarlo. Me han confiscado escritos sobre ese tema y piensan a sus ojos que esta es mi reclusión.

—Pero ustedes eligen esta vida, si no me equivoco... —acotó El Tapia que sobre el tema de los monjes de claustro era sabedor.

—Desde luego, y por eso prefiero que crean que es ciertamente un castigo, cuando para mí no significa tal cosa. Eso me da ciertas libertades paradójicamente.

A estas alturas, los visitantes sentados en gruesos maderos y los lugareños en donde podían, incluso en el suelo, compartían fascinados el momento.

—¿Qué es lo que realmente sucede? —preguntó Franco—, detrás de esas paredes.

—Cambios vibraciónales que provocan saltos en las líneas espirales del tiempo. Son como líneas energéticas que logran establecer “un puente” entre una orbita inferior con la subsiguiente superior, por decirlo de alguna manera, de la realidad que la conforma —explicó trazando círculos concéntricos con ambos brazos en el aire.

—Pero estaríamos alterando el futuro... —agregó preocupado Alfredo.

Cibelius sonrió.

El Tapia, rápidamente pensó, con su razonamiento análogo, en las modificaciones que se le hace a un documento de texto, que si bien puede no significar un cambio sustancial en todo el documento, hay alteraciones en el número de paginas, en la conformación de cada renglón que automáticamente se reordena; significando, no obstante, que el propósito o tema del documento, permanezca inalterado.

—¿No se han preguntado ustedes...? —introdujo el monje—, ¿Cómo cada suceso encaja con el siguiente y que a la postre se comprueba que otros hubieran sido los destinos de nuestros pasos, si no se daba “lo establecido”?

Alfredo y Franco se miraron, no muy seguros de haber entendido la pregunta-información que les estaba brindando el monje. El Tapia, por su parte, sonrió haciendo un marcado movimiento de cabeza.

—Cuéntenos... —demandó sobreseído Franco.

—La inquisición, caros viajeros del Tiempo, no ha finalizado aún y tampoco detrás de esa biblioteca ha culminado. Se debe ser muy cautos con nuestros dichos y nuestros pensamientos al respecto.

—Pero... ¿qué tendría de malo si todos supiéramos lo que sucede, cómo son las cosas?

—No debe haber, querido amigo, seres más sabientes que los propios persegutores, sin embargo lo que a ellos les abrumba, le es plausible de temor y más vale saber cosas que el resto no, eso da poder. Por tanto, si esa información se filtra a los niveles de conocimiento inferiores el

caos sería nuestro próximo rey. Otra corriente, sin embargo, cree que no hay nada, absolutamente nada, más allá de lo que ellos creen dominar — culminó con una cómplice sonrisa hacia su fiel amigo, el monaguillo Darío y su acompañante.

De a uno, los obreros se fueron rindiendo ante el cansancio. El Tapia no durmió en toda la noche, debatiendo con Cibelius, el que con gusto compartía sus conocimientos. Al otro día, debían partir, los casuales viajeros a su momento, su lugar en el Tiempo.

El monje los despertó un poco antes de la hora propicia para hacer el salto, el cruce. Un halo de nostalgia y vacío surgió en cada uno de ellos. Una sensación de un sueño compartido en el que se revelan las verdades. Verdades que cambiarían para siempre la vida de los tres obreros y, sin dudas la del joven Darío y su amigo, así como lo hizo con el monje. La confirmación de la vida eterna a través de los tiempos y más allá de ellos.

—Amigos del futuro, os aconsejo que vivan con esta experiencia como si de veras hubiera sido un sueño. Esos hermosos sueños que, por otra parte son pedazos de vidas. No les mentiré, les resultará algo abrumador por un tiempo, van a transitar desconcertados y casi sin rumbo. Pero es el pico de toda montaña, del otro lado tiene su pendiente, su falda y su llanura, donde sin dudas, encontrarán sus verdades.

—Nos alegra saber que existe... ¿o mejor dicho, existió? —bromeó Alfredo—. Hombres como usted son los que aseguraron nuestro futuro...

—No lo crea... nadie le dice a usted que no está viviendo aquí mismo, en este instante, forjando ese futuro del que habla, o que uno de ustedes soy yo mismo.

Las palabras resultaron ser más escalofriantes, por si faltaba algún asunto a considerar cuando regresasen.

—Para los hombres de fe, no son más que confirmaciones, que por si acaso, nos pone Dios...

Dicho esto, el monje apoyó su grueso cuerpo en la biblioteca que cedió para dar paso a una oscura sala.

—Se que sabrán manejar lo que han vivido. Por tanto he preparado un obsequio para ustedes, como forma de consolidar el encuentro.

Con un abrazo el monje Cibelius les entregó un pergamino a cada uno, volvió sobre sus pasos y empujó la pesada biblioteca.

Los obreros en total oscuridad caminaban hacia la nada, tomados de la mano. Llegaron a sentir un soplo que los elevó en el confín del Universo y con el Tiempo, despertaron en unos pastizales, cerca de su ciudad, donde una ruidosa ruta pasaba a unos cuantos kilómetros de allí.

Con los años, El Tapia estudiaría teología, Alfredo se mudaría a vivir lejos de la ciudad, donde tendría otros contactos dimensionales. Mariano estuvo perdido en los sótanos, habiendo encontrado el pasaje, más tarde. Y Franco junto a su familia, fundaron una sociedad espiritual en la ciudad, en un local donde luce, encuadrado en un

templo, el pergamino del año del Señor 1358,
perteneciente al padre Humberto Cibelius.

Mascarillas, más querellas...

Los sirvientes, una vez más, como en todo amanecer, limpian y ponen en orden los trastos de la noche anterior para preparar la siguiente.

El amo exige que todo este reluciente, perfecto, majestuoso. Es una eterna sucesión, una línea en el espiral del universo. De los invitados poco se sabe, pero la concurrencia será masiva pues están todos convidados y a todos mas temprano o más tarde les llegará el convite que, de boca en boca, los vientos reparten.

Entre las corridas, un leve congelamiento de los sirvientes, sirve para intercambiar gestos precedidos de los canturreos y las carcajadas que llegan de los aposentos del amo. Regocijado en la espera, se acicala como siempre, como si cada noche fuera especial, aún cuando siempre resulta única e inolvidable.

Las antorchas deberán arder impetuosas en desafiante titilar como los soles visibles de la noche.

Desde el pasillo que comunica al salón con la cocina, pasan frondosos arreglos provenientes de los más diversos confines. El banquete hartado en perfumes, colores y sabores se despliega majestuoso a los lados de la mítica escalera de donde provienen las órdenes.

Los pueblos la veneran, las aldeas la comentan, los vecindarios le temen, pero nadie, nadie falta a la cita, nadie se cuestiona, todos pertenecen a la fiesta. Día tras día, noche tras noche, todos asisten como un destino insoslayable.

De la misma forma en la que son convocados todos y cada uno de los invitados, son también convidadas las músicas que al momento de ejecutarse, nadie más que el amo reconoce su origen y su procedencia, como así también, de que ventanal, umbral o rincón, llega a los agasajados.

Las sombras proyectadas caprichosamente cambian sus ángulos, advirtiéndolo casi a gritos que se acerca el gran momento.

*Alfombras de rosas tapizan los suelos
las mesas elegantes, servidas están.
Todos los sirvientes lucen en sus puestos,
mil y una carroza se intuyen llegar.*

*Todo se sumerge en abrupto silencio,
es el instante previo, vivo bajamar.
El alto Anfitrión frente a su espejo
un grave suspiro deja reflejar.*

Estallan de pronto las risas. De un instante a otro un extraño encanto se apoderó del gran salón, los invitados arriban con lujosos atuendos y mil curiosas máscaras.

Nadie se conoce bajo el macabro encanto, otean en todas las direcciones como lo hacen los rumores y las falsas alarmas que especulan con la entrada glamorosa del Anfitrión. Una tenue melodía antecede al silencio, los roces sutiles de los géneros se hacen evidentes y la aparición se consuma.

Un rostro reconocible luce una sonrisa de dientes apretados, cuasi fingida. Con porte elegante alza su copón saludando, y la concurrencia eufórica hace lo propio.

Solo cuando hubo mirado por encima de todas las cabezas, regocijado con la comprobación que lo perfecto no faltó al encuentro y su aprobación venere a los sirvientes, solo cuando hubo alzado su otra mano, comenzó la *GRAN FIESTA*.

El sorbo fue caudaloso, profundo. Cada escalón soporta el peso de su pausado andar al que le sigue la provocadora caricia de su capa. Llegó donde un sirviente le ofrece una bandeja de plata para que deposite su copa. Comienza a caminar por el gran salón, penetrando en la muchedumbre que es, a estas alturas, un *único ser* en contorneante movimiento. Una Dama accede al requerimiento de tomar su mano, la que galantemente es ofrecida a un caballero cualquiera, al más cercano, al menos pensado, para que bailen las piezas que sean necesarias. Él los entrelaza, los combina, se regodea y luce sus dientes; altanero, sagaz.

Aunque la iluminación es irreal, cada atuendo luce como si de una exposición se tratara. Aún cuando -pese a los esfuerzos individuales en el colectivo- ninguno logra destacarse, salvo raras, muy raras excepciones. Pero con las máscaras es diferente, hay algo en ellas que es intransferible. Sólo con la disposición expresa de discernirlo, es que uno puede definir el misterio.

Un grupo de máscaras poseen texturada belleza, desde la más compleja a la más simple en estilo y forma.

Otro grupo la conforman aquellas cuyos detalles y adornos por más lujosos que ostenten ser, no alcanzan tal sitial.

Y están las otras, ésas en progresivo aumento entre los convidados, son aquellas máscaras que supieron ser bellas, no obstante, violando la ley evolutiva, han sido modificadas.

Siempre en forma aleatoria, el amo zigzaguea entre los invitados, palmea el hombro a quién reconoce como incondicional seguidor, ése al que no quiere perder, ni querría que se perdiera sus fiestas. El concepto que de éstas personas tiene el Anfitrión es excelente; nota su particularidad, su esencia, fruto de saber administrar los excesos, con lo que consiguen ese porte siempre digno.

Sobre otras máscaras, por el contrario guarda un profundo recelo, advierte en éstas

una deliberada manera de conducirse después de cada fiesta, saltan de exceso en exceso y sirviéndose de su fiesta abusan de su generosidad. Pero lo que más lamenta es que no lo ponderen.

El Amo se comienza a inquietar, sensación que se hace persistente. Es el momento en que va tomando forma eso que tanto teme. Observa, como las parejas poco a poco se fueron animando y tomando confianza, se consolidan grupos, reconocen códigos. El Amo está muy inquieto, ni un atisbo conserva ya de su macabra sonrisa. Su mirada es ahora aguda, como la de un águila hambrienta, su andar se torna presuroso, deambula por entre el gentío; máscaras mezcladas de sonrientes rostros lo observan pasar. Siente el constante desafío, su fiesta culmina y con ella colapsa su poder sobre los mortales, aunque aún guarda una efímera esperanza.

Allí están, muy orondos y animados. A pesar de sus disfraces se han reconocido. Esta cualidad sin embargo no es común a todos pues para la gran mayoría, son sutilezas que pasan inadvertidas pero, basta tan solo el penetrante roce de dos miradas para que el hechizo se quiebre. Para que el Amo deje de ser el único.

Debajo de sus máscaras puede continuar el disfraz, pero no en el hondo universo de las miradas, donde todo se guarda y perdura por siempre. Cuando esto sucede, frustrado y

vencido, se retira presuroso a sus aposentos:
El Tiempo.

Los sirvientes, una vez más, como en todo amanecer, limpian y ponen en orden los trastos de la noche anterior para preparar la siguiente...

(Natalia Chás – Aldo Suárez)

El Monje que murió feliz.

El monje murió feliz.

Cuando le fueron a llevar alimentos y hierbas para aliviar sus dolencias lo encontraron, en su celda, tieso, pero sonriente. Si, su rostro parecía dibujar una sonrisa. No hubo bulla, no hubo llantos, todos los monjes de claustro lo saben, saben que la hora final llega con sus implacables características y que todos tendrán, de ésta vida, el mismo desenlace.

El Monje murió feliz. Su alma estaría con Dios, por fin con Dios a quién había entregado su alma, su devoción, su fe, su amor y su vida.

Viajó el alma del monje, ahora alma, simplemente alma como otras tantas. Estuvo descansando en su forma sin forma, su estado sin estado, el que no figura en ningún tratado científico. Y luego la anunciada y anhelada reunión con su ángel, otra alma como esa, más sapiente, delegada de Dios.

— Hola Hermano, ¿cómo has estado?

— Hola... he estado muy bien, gracias. Contento de volver a casa. ¿cómo estuvo? – preguntó el alma joven, la del antiguo monje.

— ¿Cómo crees?

— No sé Señor, soy solo un simple aprendiz. Sé que luché contra las tentaciones, hice penitencia, me alejé de los malos hábitos y costumbres y...

— ¿Tu crees? –cortó el ángel.

— Así me parece Señor... estoy seguro –finalizó para afirmar su creencia.

— ¿Cómo puedes saber que te has alejado de las cosas que no conoces?

— Todo lo malo es conocido Señor y no es necesario conocer sus diversas formas para...

— ¿Has tenido oportunidad de utilizar tu maldad?

El alma del monje pensó, no supo qué contestar. Pronto iba entendiendo que aquella no había sido una vida del todo “ideal” como pensaba.

— ¿Has experimentado el amor por el otro, el amor conyugal?

— He amado al prójimo Señor, pero he optado por el celibato, no he usufructuado el derecho al sacramento del matrimonio. No he estado con mujeres.

— ¿Has viajado, conocido lugares, gentes, has sentido el miedo que lleva provocar probar otros caminos? ¿Has fallado alguna vez?

— Creo que he fallado, si. Pero ahora veo que quizás más de lo que me imaginaba.

— La entrega y la devoción son magníficas acciones que Dios aprecia sobremanera – continuó el ángel- pero la acción de la prueba y el error y el sufrimiento en la acción de vida son oportunidades únicas para moldearnos ¿no te parece? –finalizó.

— Pero, no es que Dios no quiere que le fallemos, que hagamos acciones de las cuales nos arrepintamos...

— Los sufrimientos vanos, si, pero aquellos que provoca la acción son enseñanza pura. ¿Cómo aprender entonces si no hubo entrega al igual, al prójimo; si no hubo humildad ante la burla y la ofensa, si no se fue amigo, padre, hermano, si no se cometió la equivocación por la cual pedir y obtener perdón de los otros? ¿Cómo crees que se aprende?

— Ahora veo que la vida entre cuatro paredes me acercó como nunca antes a Dios, pero me alejó de la manifestación augusta de su presencia a través de mis hermanos mundanos. ¡Pobre ignorante de mí, que el mundo me fue ajeno, ancho y desconocido, las gentes lejanas y equivocadas, descarriadas! Yo, el monje que murió feliz.

Lo elemental es invisible a algunos ojos.

(Fábula en 6 capítulos sobre la existencia y “otros lados”)

2004

Prólogo

Hubo una vez en que el mundo era puro, inocuo. Donde la madre naturaleza cobijaba en su regazo a todo lo que sobre ella y bajo sus leyes existía. La curiosidad de los habitantes de esta tierra hizo que traspasaran las “barreras” de lo intangible para unos y tangible, palpable para otros, provocando una unidad de convivencia en paz. Tan pronto como los elementos “surgieron” en la vida de los demás seres, comenzaron a forjar esta armonía de la que habla la creación en todas las escrituras religiosas. Claro, luego vino el hombre. Un ser que lo que no comprende lo destruye, lo que lo supera lo adora y lo que no conoce lo invade. Un ser que tras la codicia y la búsqueda desmedida de placeres se las ha ingeniado para que unos muchos trabajaran para unos pocos, que unos muchos construyeran el ego de unos pocos. Así provocaron la división del todo, la partición y segmentación de lo que se había aunado por procesos naturales, del original modo de ser.

Dentro de las creaciones del hombre fue la destrucción una de sus obras cumbre. Nunca más abandonó su primordial característica y lo que a priori era esencial, luego de los milenios se volvió

una “moda retro”. Hoy unos pocos gozan el privilegio de volver a las raíces, aunque un poco tarde, la consigna primordial de ser armónico con el entorno. Ojalá esos pocos logren influenciar a esos muchos que naciendo en el mal rumbo, lo toman como normal, desechando la posibilidad de interactuar con los elementos de los que partimos y a los que pertenecemos. Que este relato sirva para ilustrarlo.

Capítulo 1

Las respuestas del Sr. Búho.

El inmenso bosque con sus miles de especies presenciaba un hermoso anochecer, un gran Sol rojizo mutaba sus formas y colores detrás de unos picos nevados a lo lejos. Un espectáculo que desde ciertas copas de los árboles era imperdible. El joven Pájaro Negro, se aprestaba a dormir cuando recordó la inquietud del bosque entero frente al creciente rumor que las aves y algunos rumiantes habían implantado: que más allá, en el Bosque Del Hombre ciertos animales suelen tener visiones y protagonizan historias fantásticas. Curioso como pocos, el joven, haciendo caso omiso de sus padres que siempre le habían dicho que era sumamente peligroso volar de noche para un ave diurna, salió en busca del Sr. Búho, sabedor de todas las cosas, para que pusiera fin, al menos para él, con los dimes y diretes y enterarse de una vez.

Sabía que el Sr. Búho estaría por volar en busca de alimentos para luego descansar en su trabajo de centinela de la noche, de modo que se apresuró en su búsqueda. Debía cruzar la espesura del bosque por lo distanciado que resultaba bordearlo y para no ser atacado por algún predador rapaz. En el camino pensaba en los detalles de los rumores: que los animales tenían visiones que surgían del humo, pero la controversia estaba en que el humo venía del fuego y en realidad lo que se tendría, más que visiones serían espantosas experiencias de ver incendiándose su hábitat. Confundido tratando de buscarle lógica a esos sueltos relatos, pronto llegó donde el Sr. Búho y le gritó antes de llegar.

—¡Sr. Búho! No se vaya.

—¿Quién es? ¿Qué pájaro osa venir a esta hora por mi morada?

—Soy yo Sr. Búho —dijo agitado el joven Pájaro Negro—, disculpe que interrumpa sus diligencias.

—¿Qué pasó, qué se te ofrece muchacho? —contestó aún sin salir de su asombro y curiosidad.

—Es que hace días me inquieta la intriga...

—¿Porqué no me sorprende viniendo de ti?

—Sí, sé que pregunto muchas cosas Sr. Búho, pero ésta vez es realmente extraño.

—Bien, descansa y toma algunas semillas, no tengo mucho que ofrecerte. Cuéntame que te inquieta esta vez.

—Quiero saber acerca de las visiones y los relatos fantásticos en el Bosque Del Hombre y que el humo que no viene del fuego que arrasa, hace

ver... –le zampó el joven apresurado y deseoso de respuestas.

—Un momento, no entiendo nada de lo que dices, aún así puedo imaginar que los que se han aventurado al Bosque Del Hombre dicen cosas imprecisas a cerca de...

—De visiones fantásticas del humo –completó con algunas semillas en el pico.

—¡Ha...! –exclamó el Sr. Búho luego de un rato- creo que ya sé a lo que refieren esos relatos. Pero debo precisar que ni son tan “visiones” ni tan “fantásticas” y que esos aventureros se merecen un escarmiento por escuchar cosas a medias y sin comprenderlas alborotan a todo el bosque con sus imprecisiones.

—Por eso he venido Sr. Búho.

—Ya lo sé y también sé que tu proceder siempre ha sido el adecuado.

—¿Entonces me va a contar Sr. Búho? –preguntó impaciente.

—Je, je –sonrió el sabio Sr. Búho- tendrás que verlas con tus propios ojos, hijo, para lo cual debes prepararte y alejarte del bullicio de la chusma.

—Si Sr. Búho, estoy dispuesto a hacerlo, ¿vamos ahora?

—Je, je, no es tan fácil chicuelo, se que eres casi adulto y que tus padres ya no te ordenan como antes, pero no quiere decir que no te vigilen con celo y no quieran saber en qué andas, así que por lo pronto debo verlos y contarles lo que contigo haré.

—Tiene razón Sr. Búho, se que estarán de acuerdo si es que voy con usted.

—No estés tan seguro, a ti no te revelaré los pasos a dar, pero a ellos debo decirles de qué se trata, ahí no estoy tan seguro que acepten que lo experimentes, tal vez lo aprueben más adelante cuando seas completamente adulto y decidas por ti.

—¿Y cuando hará eso, cuándo se lo preguntará a mis padres?

—Tal vez mañana, debo preparar mis cosas para abandonar el bosque por un tiempo.

—¿Abandonar el bosque, a dónde iremos?

—Debemos ir al peligroso Bosque Del Hombre.

Capítulo 2

El Permiso.

Pasaron unos días, y con la simple mención del Bosque Del Hombre el Sr. Búho esperaba que los ánimos del joven Pájaro Negro se aplacaran, aunque sabiendo como era de curioso no sabía si daría resultado. Fue entonces una tardecita, la “madrugada” del Sr. Búho, que se presentó ante los padres del joven Pájaro Negro para consultarles acerca de la aventura que emprenderían con su hijo.

Habló largo rato, y el Joven pájaro Negro -alertado por unas ardillas vecinas de sus padres- observaba desde un árbol lejano la reacción de

sus progenitores. Estuvieron largo rato comentando los pormenores del trayecto y los detalles de tan curiosa empresa.

—¿Qué pasa? —preguntaron unos ciervos desde abajo a una concurrida rama de amigos que rodeaban al joven Pájaro Negro.

—Nada, aún no se fue el Sr. Búho —contestó una ardilla.

—No me gusta nada, conozco esos gestos de mis padres —decía impaciente el joven comiéndose las uñas de su patita izquierda.

—No va a haber problemas —contestó desde abajo un cervatillo, el Sr. Búho goza de un respeto en todo el bosque que lo hace digno de cuidar de cualquiera de nosotros.

Por fin parecía haberse dilucidado la historia y el Sr. Búho volaba hacia el árbol del joven Pájaro Negro para darle la buena nueva y las posibles directrices para el viaje.

—¡Hups! el Sr. Búho ya se dirige a tu árbol, más vale que llegues antes —gritó una garza.

—El hábil Sr. Búho, dio un sorpresivo giro y en unos segundos estaba sobrevolando el árbol donde todos espiaban. Intentaron disimular en vano.

—Ho, hola Sr. Búho, qué hace por acá —dijo la ardilla vecina de los padres.

—Vengan acá todos —dijo el sabio con tono imperante- no olviden que mi vista es muy aguda, tanto como mi oído.

—¡Se olvida de su velocidad! —gritó el ciervo al que le dolía el cuello de mirar hacia arriba.

—Así es —contestó—. Vengan más abajo para que sus amigos terrestres puedan escuchar —luego de lo cual todos obedecieron y se apostaron para escuchar—. Parece que los secretos son algo que brillan por su ausencia en este bosque, de modo que les contaré que con el joven Pájaro Negro emprenderemos un viaje que nos hará más sabios a todos.

—¡A todos! —exclamaron a coro casi todos los presentes.

—Así es, viviremos una experiencia que nos enriquecerá y nos hará sabedores de secretos más importantes que éstos que no se pueden guardar —dijo esto último mirando al joven Pájaro que bajó la vista.

El sabio Sr. Búho se dirigió a todos con la certeza de que muchas de sus palabras no serían entendidas en todo su contenido, pero que más tarde, a su regreso, lo comprenderían todo. Terminada la improvisada reunión que se tardó por algunos otros habitantes del bosque que se arrimaban a último momento, el sabio Sr. Búho acompañó a su árbol al joven Pájaro para indicarle los pormenores de la partida el día posterior, luego de que éste hablara con sus padres. La impaciencia del joven crecía aún más. Unas cosquillas espantosas le recorrían la panza, no había podido probar bocado desde hacía varias horas. Esa noche casi no durmió y al otro día temprano comenzó a preparar los elementos y las tareas que le encomendó el Sr. Búho antes de ver a sus padres.

—Llévate unos alimentos para el viaje —le aconsejaban sus amigos que desde muy temprano lo acompañaban.

—El Sr. Búho me dijo que no llevara más que mis plumas, que el viaje sería largo y que había que volar durante muchas horas en la tarde-noche de mañana. Y en cuanto a los alimentos, dijo: “*el universo proveerá*”.

Fue así entonces que el joven fue con sus padres para agradecerles y saludarlos. La reunión duró más de lo esperado, eran muchas las cosas que tenían para decirle, muchas las razones serias por las cuales habían aceptado que el Sr. Búho se hiciera cargo de guiarlo en una empresa que tarde o temprano sabían que él haría. Ellos sabían que su joven hijo, Pájaro Negro había sido llamado para hacer cosas importantes por el bosque. Fue efusivo el abrazo de ambos, confusa y a la vez orgullosa partida la del joven Pájaro Negro a quien esperaban sus amigos para despedirlo con efusivos gritos y cantos.

Capítulo 3

Partida hacia el aprendizaje.

Eran muchas las cosas que pasaban por la cabeza del joven Pájaro. La partida fue rápida y el camino descampado. El Sr. Búho le indicó que lo siguiera a cierta distancia por unas leguas, sin entender el significado de la petición obedeció como acordaron antes de la partida a esa como a

todas las órdenes que le diera su guía y maestro. Aprovechó el joven a contemplar los nuevos paisajes, las aves de muchos colores y las manadas de animales que pastaban a campo abierto.

—¡Hey! ¡Sal de la ruta de las cigüeñas! –le gritó Sr. Búho.

—¿Qué ruta! –preguntó el joven cuando sorpresivamente desde atrás de unos árboles gigantes aparecieron muchas miles de éstas grandes aves frente a él.

—¡Guau! –exclamó mezcla de susto y asombro, al tiempo que en una hábil maniobra se lanzaba en picada unos metros para esquivar el pasaje de ese gran nubarrón de plumas blancas.

Era interminable el pasaje de las cigüeñas, el joven Pájaro no dejaba de observar asombrado pues, si bien siempre las veía pasar en la época de migración en dirección de las altas cumbres heladas, nunca había experimentado pasarles tan cerca y ver la cantidad que eran.

—¡Qué hermoso Sr. Búho!

—Así es chicuelo y me alegra que lo veas así. Vuelve a alejarte –le dijo luego que se le acercara pues lo había perdido de vista entre tanto plumerío y batir de alas.

Seguía sin entender el joven pájaro la exigencia de volar separados, pero mientras tanto aprovechó para pensar en lo que sus padres le habían manifestado, nunca antes tan serios y ceremoniosos. ¿Sería que esa era la forma de pasar a la adultez? ¿O era tan seria la experiencia a vivir y justificaba tal seriedad? De todos modos

la respuesta sabía que la tendría con el correr de los días, o las horas, ni siquiera sabía que tan larga sería la expedición.

—Paremos a comer y a descansar un rato, luego haremos el tramo más largo de nuestra travesía a campo abierto.

—¿Cuándo será nuestra próxima parada?

—¿No te parece que primero debemos parar ahora y luego preocuparnos por la próxima parada?

—Es verdad, no hemos parado aún.

Al Sr. Búho le sorprendió el razonamiento del joven. Ya comenzaba, sin saberlo, a entender el comportamiento meticuloso del sabio guía.

Descansaron un buen rato con las alas estiradas, luego de lo cual emprendieron el viaje en el tramo tal vez más peligroso de todo el recorrido.

—Bueno muchacho, ahora te pediré que vueles lo más pegado a mí posible. Permanece atento que es la única forma de salir con vida de este paraje.

—¿No será por las aves rapaces?

—Exacto —le contestó con prontitud el Sr. Búho mientras partía a velocidad—. ¡Pegado! ¡Te dije pegado a mí!

El fuerte viento de las alturas hacía dificultoso respirar y batir las alas.

—Si alguna ave se nos abalanza tu vuelas hacia la izquierda por debajo de mí y yo haré lo contrario para despistar al atacante. Sólo cuando yo te diga “ahora”.

Era poco probable que quedara algún ave rapaz sin almorzar aún, pero es de orden tomar

recaudos. La hora y las energías estaban bien administradas, pero nunca es suficiente cuando acontece lo indeseado. Desde lo alto de un risco una pesada ave se dejaba caer al vacío sin hacer ni un mínimo ruido en su planeo. Poderosas garras y gruesas patas se preparaban para dar el zarpazo feroz, mortal. Son pocas las aves que se escapan a su arremetida certera.

—Sr. Búho... —dijo el joven en un susurro.

—Ya sé... ¡Qué vista muchacho, pensé que no la habías visto!

—¿Y cuándo pensaba avisarme? —preguntó ya bastante más agitado.

—Tranquilo, solo imita mis movimientos —le contestó mientras zigzagueaba.

En menos de cinco segundos la bestia rapaz estaba en posición de ataque, justo por encima de ellos. Planeaba dejando que el viento zumbara entre sus alas cuando advirtió que la distancia al bosque era corta, debía atacar en ese instante y fue lo que hizo.

—Recuerda la señal.

—¡Ahí viene Sr. Búho! ¿Y, y después que hago? —replicó aterrado.

—Nos volvemos a unir —dijo con toda calma— y repetiremos la acción cuantas veces sea necesario—. ¡Ahora! —gritó repentinamente y ambos salieron disparados hacia los lados. El ave rapaz zumbó muy cerca del joven Pájaro sintiendo el calor del cuerpo. Todas las fuerzas de la bestia se vieron desbordadas por la brutal inercia, ante la brusca frenada en el aire. Estaba realmente sorprendido y a muy baja altura del río. Una

repentina ráfaga de viento lo empujó hacia las aguas no pudiendo reaccionar para una segunda embestida antes de que las presas penetraran el denso bosque.

Los expedicionarios se adentraron entonces entre los árboles desapareciendo en la verde naturaleza.

—Descansemos —dijo el joven— no doy más.

—No podemos, aquí no conozco a nadie, debemos ir de un tirón al Bosque Del Hombre antes que oscurezca.

El joven había oído muchas historias y relatos heroicos, pero ahora comenzaba a protagonizarlos.

—Oye jovenzuelo —dijo el sabio—. Lo has hecho muy bien.

—Gracias Sr. Búho. Gracias a usted hemos burlado al gran rapaz de las altas montañas; así de fácil.

—No lo creas. Tardó un poco en reaccionar dada la cercanía al bosque, luego no pudo incorporarse y perdió mucho tiempo, no sé si hubiéramos escapado a una segunda arremetida.

—¡Casi no podía seguirlo, iba de un lado a otro muy rápido!

—Confíe en tu juventud. Eso fue lo que retrasó un poco el ataque. Tuvimos suerte, eso es todo —terminó diciendo con una leve sonrisa.

El joven quedó en silencio, pensó que la apreciación de facilidad que había expresado hacía unos segundos resultó ser un error. No había tomado en cuenta todos los aspectos que

manejaba el sabio, los muchos factores por los cuales salieron airoso. Comenzaba el aprendizaje.

Capítulo 4

El “otro lado”.

Les llevó todo el día llegar al Bosque Del Hombre. Era evidente la presencia humana, la espesura que se apreciaba en otros bosques no reinaba precisamente allí.

—Ven —dijo el sabio Búho —sobrevolemos la zona, quiero que observes los estragos que ocasiona el divorcio con la Madre Naturaleza.

—¿Qué son esos nidos?

—Los nidos del hombre.

—¿Y por qué hay tantos claros y poca vegetación?

—A eso se le llama depredación, cuando no se repone lo que se extrae, Natura no se recompone y matamos el hábitat.

—¿Cómo es eso posible, para qué querría el hombre matar su hábitat?

—Ah... ¡Si se lo preguntara el hombre!

Antes que anocheciera se apostaron en un gran roble que distaba de las chozas aldeanas. El día era el exacto, esa noche se celebraría el rito de los humanos en el que se conectaban con sus espíritus. Recordaba el sabio Búho que otrora los humanos gozaban de un elevado estado de percepción y que con los tiempos fue perdiendo el

respeto por la Naturaleza y, por ende, la cercanía con esos estados.

—Esta noche aprenderás muchas cosas de una sola vez. Debes tener la sabiduría de asimilarlas de a poco. De tomarte el tiempo como lo hace nuestro estómago al digerir los alimentos, sacando lo que le es de provecho y desechando lo que no lo es. El joven Pájaro Negro se esforzaba por entender las palabras del sabio. Le era difícil hallar el punto de unión con lo que estaban viviendo y menos lo que aún estaban por experimentar. Lo tranquilizaba que más tarde lo entendería; tenía esa certeza.

Los humanos pintaban sus cuerpos y decoraban sus cabelleras al tiempo que preparaban una gran hoguera. El joven observaba absorto aquel inmenso fuego sin dar crédito, le asombraba el estático comportamiento de la enorme hoguera. No entendía como no arrasaba el bosque entero.

—Descuida —lo tranquilizó el sabio—. El humano controla muy bien el fuego. Observa, ese hombre de los altos tocados, es el elegido para pasar al otro lado.

—¿Cómo “al otro lado”? —no demoró en preguntar.

—Se supone que ellos no ven lo que yo...

—¿Y qué es lo que usted ve que ellos no ven? — seguía preguntando impaciente sin quitar la vista del fuego.

—A eso voy chicuelo, déjame explicarte. Mira, se supone que el espíritu... claro tu no lo ves, frente a él hay un espíritu que danza y se burla de todos.

El no lo verá hasta que el vapor de los yuyos del cuenco no penetre en su mente.

—No entiendo Sr. Búho.

—Mira, cuando él saque su cabeza de ese cuero que la cubre, habrá respirado una cierta cantidad de vapor y accederá a un estado superior de percepción que hará que sus sentidos perciban la presencia del espíritu danzante y se comuniquen con él.

—¿Y por qué usted lo ve?

—Porque no he perdido la capacidad nunca, la he educado y cuidado.

—¿Y ellos pueden verlo?

—¿Los espíritus? Desde luego. Y no solo ellos sino todos los seres que habitan en el bosque y más allá.

—¿Cómo es eso, hay más seres?

—Así es, hay Duendes, Hadas y un sin fin de criaturas hermosas que yo conozco y he compartido mi existencia. ¡Mira! —dijo de pronto—. ¡El humano ya lo vio! Claro, tu no lo ves como yo, pero se ve distinto... no se, más lindo, más puro del otro lado...

—¿Ya pasó al otro lado Sr. Búho? —le preguntó fascinado con sus ojazos iluminados por dos grandes puntos de la gran hoguera. De pronto observó al sabio que se había quedado mudo, los ojos le brillaban cristalinos y su semblante era contemplativo y más bondadoso que siempre.

—¿Qué vio Sr. Búho?

—Nada que no te haya relatado. Solo que ver al ser humano en el estado espiritual me recuerda lo maravillosas y perfectas que son estas criaturas y

me remonta a los tiempos en los que convivíamos en paz.

—¿Y por qué ahora no es posible?

—Porque otras creencias se adueñaron de su espiritualidad y atrofiaron el poder de sus mentes. Te asombrarías de la capacidad que poseen. En cambio hoy si me vieran aquí posado, me perseguirían hasta matarme pues significa desgracia y mal augurio para su cultura.

—¿Qué cosas raras dice Sr. Búho, no las comprendo, es decir no me entran en el razonamiento, acaso no somos criaturas del mismo mundo?

—Tienes toda certeza en sentir lo que sientes. Ven, vamos a otro árbol lejano y dejemos que todo termine para regresar luego.

En el trayecto el joven Pájaro observó como el sabio compartía sonrisas y gestos con aparentes seres que el no podía ver. Pensaba que ninguna criatura se querría perder el pasaje de un humano al “otro lado” y por eso estaban todas allí.

Capítulo 5

La experiencia.

Cuando hubo terminado el ritual, todos los humanos se fueron a descansar. El sabio búho convidó al joven a que se aproximara a la casi extinta hoguera, junto al cuenco de las hierbas para que probara los efectos del vapor.

—Ven —le dijo luego de arrimar un palito cuya punta estaba aún en brasa e inclinando su pico para que éste quemara las hierbas—. Pon tu cabeza bajo mis alas y respira profundo, haz una pausa larga y reanuda la respiración.

El sabio Búho hizo que el joven entrara en trance tal y como lo hacían los humanos y en unos pocos segundos el Pájaro Negro se desplomó sobre el suelo mientras temblaba bañado en sudor. Su maestro entonces lo arrastró como pudo llevándolo lejos del lugar y luego a las afueras del bosque. Un rato después de recostarlo contra un tronquito le ordenó que abriera los ojos e intentara ver su segunda imagen.

—No la vejo... es decid, no vejo nada “Seor Bujo”

—No la verás si sigues insistiendo con tus tontos sentidos, debes creer en lo que haces y verás lo que es imposible comprender.

Sabias palabras, al cabo de un rato la bamboleante cabeza del joven Pájaro comenzaba a ponerse erguida, los zumbidos en los oídos iban tornándose menos agudos y algunos agradables sonidos comenzaba a percibir. En unos segundos el joven asistía a un gran mundo de regocijo, donde los más diversos seres le habían preparado un comité de bienvenida. En un principio se echó hacia atrás asustado. Al no controlar del todo su cuerpecito dio varias vueltas sobre la hierba adhiriendo pastos y juncos a sus plumas, quedando en un estado calamitoso. Se incorporaba y abría con gran esfuerzo los ojos

para comprobar que no era un sueño lo que protagonizaba.

Definitivamente no era un sueño, era una realidad que se hacía palpable y sintió que realmente había abierto sus ojos como nunca. Pronto se relacionaba con Duendes, Gnomos, Hadas, Elfos, Sílfiles, Geniecillos, Ondinas, Sirenas, Unicornios, Dragones, Pegasus y muchas, muchas criaturas fantásticas.

—¡Pasé al “otro lado”! —gritaba batiendo las alas para gozo de todos sus flamantes espectadores. Bailaba y cantaba. Lo aplaudieron con gran bullicio y alegría.

Hizo muchos amigos y bailó toda la noche sin poder parar de hacer preguntas hasta que cayó exhausto. Tirados junto al tronco de un árbol el Sr. Búho no paraba de reírse y el joven Pájaro no quería dormirse por nada del mundo.

—Sr. Búho, temo despertarme Sr. Búho y que todo haya pasado y que todo vuelva a ser como antes....

—Je, je... duerme, todo estará como lo has dejado y podrás volver cuando lo desees.

—¡Pero tendré que llevarme las hierbas!

—No, je, je, je... no precisarás las hierbas.

—¿Entonces los podré ver todo el tiempo, como usted?

—Siempre los verás cuando tu quieras, porque ya los has visto. Cuando se logra verlos por primera vez ya no se los deja de ver más a menos que tu corazón abandone la voluntad o nobleza, que significaría que tu alma se vuelva maligna, pero

eso es improbable que te ocurra a ti jovenzuelo. Ahora duerme y descansa.

Dicho esto el Sr. Búho comprobó que el joven Pájaro Negro ya roncaba plácidamente con una sonrisa en su pico; y seguramente tendría dulces sueños.

Capítulo 6

El gran comienzo del fin.

Al otro día emprendían el viaje de regreso. El joven Pájaro Negro le agradecía con el alma a su maestro sabio la inmensa brecha que había abierto en su vida.

—No tengo más palabras para agradecerle Sr. Búho...

—Mira, recuerda lo que te dijo el viejo Gnomo de 152 años: “nos da gusto que puedas por fin conocernos, nosotros ya te conocíamos desde siempre y sabíamos que este día vendría pronto”.

—¡Es verdad! Ya lo había olvidado –recordó.

—Y recuerda que hay ciertas cosas que no debes revelar, todo aprendiz de sabio sabe preservar a los demás con secretos que en tus manos les harán bien a todos y por ende más feliz.

—¿Qué quiere decir, que los sabios mienten?

—No, los sabios no mienten, pero saben cosas que no todos comprenden y aprende a distinguir quien está próximo a saber esos conocimientos y quienes no. Tu lo estabas y por eso te lo he

enseñado, muy pronto sabrás quien está o no preparado.

El sabio viejo Búho entendió que su función ya la había cumplido, su final en esa existencia ya era próximo y debía velar por la seguridad de su nuevo aprendiz. Comenzó a hablarle del significado que tenía todo lo que habían vivido, que era lo que exactamente debía transmitir y como. Le contó que cuando ocurra su muerte que era algo que ya estaba deseando de algún modo, pasaría al “otro lado”, a la otra dimensión paralela y se seguirían viendo, como así también compartiendo más secretos de sabios.

El cruce por las altas montañas fue dificultoso, muchas aves rapaces aguardaban alguna presa, las tácticas del Sr. Búho para evadirse, esta vez sin ayuda de los seres del “otro lado”, de la otra dimensión, no iba a ser posible, de modo que cuidó lo más que pudo a su discípulo y se aseguró que llegara al bosque seguro, pero se dejó atrapar por una bestia que arremetía sobre el joven para salvarle la existencia; aún tenía trabajo que hacer de “este lado”.

El joven lamentó muchísimo la partida de su maestro sabio Búho y recordó sus últimas palabras, últimas de esta existencia, pero las primeras tal vez de otra más duradera y armónica.

Fin

14 Cuentitos Cortos

El Gurú

Cierta vez un Gurú, es decir, una persona de mucha sabiduría que pensaba que ya era un consumado Gurú y que se vanagloriaba con lograr tener siempre la última palabra, tuvo un diálogo trascendental con quién, para él, era un digno adversario. Luego de lanzarle un frase arrolladora en el momento que su contendiente se retiraba del recinto, esperó su contestación a lo lejos para luego bajar por la escalera y gritarle su última palabra ya sin posibilidad de que el otro le contestase. Lo malo de su treta fue que rodó escaleras abajo y la última palabra que su adversario alcanzó a percibir fue: ¡Ay, ay, ay!

El nacimiento del Ego

La tribu estuvo en vilo por más de dos semanas. Nadie sabía si el anciano jefe se salvaría o moriría y el Druída tenía el trabajo más delicado de su existencia. Siempre había tratado con males menores y desequilibrios sin gravedad, pero esta vez sin saber que hacer y con su real poderío puesto a prueba se encomendó a todos los dioses. Preparó un brebaje de hierbas y agua de mar y le suministró al anciano pequeñas dosis. Permaneció dentro de la choza días enteros y la recuperación de su atendido fue lenta pero segura. El día que el anciano se incorporó y dijo:

-Tengo hambre –salió de la tienda abriendo los brazos ante la atónita mirada de toda la aldea en alborozo.

Un aldeano gritó a voz en cuello:

— ¡Él lo curó, él lo curó!

Y el druída sonrió permaneciendo en silencio.

Y no dijo nada, a pesar de saber que no precisamente él, lo había curado.

La lección de Mandolín.

Un maestro que se aprestaba a partir hacia su retiro espiritual, dejó detalladas lecciones a su alumno de Mandolín al que le dijo:

— He aquí todas las prácticas que te harán un buen ejecutante.

El alumno ojeó lo escrito y se alegró por dentro al notar que no eran muchas lecciones y que en cambio parecían escasas para dos años de estudio.

— Recuerda seguir al pie de la letra cada instrucción y no fallarás.

Con esto el maestro se retiró.

Pasados los dos años, a su regreso el maestro invitó a un amigo a presenciar el concierto que tendría preparado su alumno, pero, para su sorpresa éste no tenía aprendido más que las lecciones escritas.

— Pero maestro, he estudiado lo que usted me indicó –dijo con sorpresa, justificándose.

— Si –contestó el maestro- pero has olvidado lo fundamental, que es practicar 2 horas diarias cada lección durante, al menos 3 semanas, además lo que tampoco estaba escrito, pero que sin dudas se requiere, tenacidad y porfía...

Se miraron con su amigo, ambos colegas y exclamaron a unísono, para sorpresa del alumno:

—¡Valla detalle!

La Cigarra y su dolor.

Revoloteaba como de costumbre el Mangangá, cuando se detuvo sobre un tallo a escuchar el canto de una Cigarra.

Se deleitó durante un buen rato y lleno de regocijo interior decidió ir a felicitar a tan magna intérprete.

— ¡Felicitaciones doña Cigarra! Y muchas gracias por su sumo canto.

— No tiene usted que agradecer Sr. Mangangá, gracias a usted por apreciarlo -contestó cabizbaja.

— Ahora... -introdujo su admirador- ¿por qué canta usted aún cuando está visiblemente triste?

— Encuentro en mi dolor la fuente de inspiración, casi, le diría, es la base de la musa artística sublime.

— Aún me cuesta entender cómo algo tan vivaz como la música pueda surgir a pesar de la tristeza.

— En este caso no es “a pesar”, sino en consecuencia...

Se alejó el Mangangá en su revoloteo diciendo:

— ¡Y pensar que se dice que el dolor es negativo!

El Reclutaje.

Se acercaba el carnaval y era necesario reclutar tamborileros para conformar la comparsa que concursaría.

El nerviosismo volaba en el ambiente y más de 70 tambores intentaban sonar, a cual más alto, luciéndose para ser notado. El producto de 70 individualidades era un absoluto desastre rítmico, lo que obligó a que el director se parase en medio de todos para gritar.

— No, no... ¡así no puedo seleccionar a nadie, esto no suena a nada!

Minutos después la armonía entre los 70 tambores produjeron el Candombe más “afiatado” que se haya escuchado. Y unas 7 cuabras después el director grito:

— Así me gusta, están todos seleccionados!

Y el griterío se hizo oír.

Hallazgos.

Entrado el solsticio de invierno, el Sol penetraba por la abertura rectangular y daba sobre una de las paredes del pequeño templo.

El emperador y unos cuantos líderes se reunían allí para honrar a quienes propiciaban las buenas cosechas y a atrapar la energía del Sol que era dirigida luego, mentalmente -que es como ocurren los fenómenos que promueve el humano- hacia toda la comunidad.

En las paredes del recinto, habían escenas finamente dibujadas y coloreadas que representaban todas las acciones en las que el ser humano no debía incurrir, o por lo menos evitar que por sus manos se efectúen. Una de las escenas, la más importante en su centro, significaba la muerte del hombre por el hombre.

Miles de años más tarde, entre las ruinas, esta escena fue descubierta por unos arqueólogos...

“Este recinto era un observatorio astronómico y era utilizado para realizar sacrificios humanos en ofrenda al Dios Sol y a la Diosa Luna, como bien lo demuestran las escenas aquí dibujadas...”

La muerte del Sabio.

Un sabio muy respetado acababa de morir. Sus discípulos y allegados, como así también los principales conductores de la comunidad, estaban alrededor del cuerpo inerte organizando su funeral, pero por sobre todo preocupados acerca de la pérdida de conocimientos que sufría dicha comunidad. No volveremos a tener un ser igual, decían unos. No habrá nadie que iguale su sabiduría. Ni su honestidad. ¡Ni su concepción del universo como un todo!

Unos y otro se lamentaban a la vez que enaltecían al fallecido. Pero todos enmudecieron cuando uno de sus más allegados discípulos, muy contra la veneración y endiosamiento del resto, vociferó:

— Disculpen todos, pero este hombre no fue más que un egoísta. Alguien que se guardó todos los conocimientos, hallazgos espirituales y poderes, llevándoselos a la tumba. Este ser no fue más que un ególatra que nos dejó peor que antes, por hacerse dueño del saber cuando solo era un simple emisario que no terminó de entender su verdadera función.

Todos callaron y enterraron al sabio en silencio.

La Enciclopedia

Al fondo de una gran casa, en su inmenso jardín, paseaba el perro entre las malezas, cuando descubre un gran sapo.

—¡Qué horribles ojos saltones y que papada tan espantosa! —exclamó.

El sapo observó aquella gratuita situación. — Tendría un montón de cosas por el estilo para decirte —contestó el sapo— pero me las callo para no verme tan ridículo como tu.

Al decir esto, se retiró hacia una zanja próxima.

El perro se sorprendió ante la actitud del sapo. Fue entonces corriendo a fijarse en la “Gran Enciclopedia Perruna” a ver que era aquello...

Luego de verificar que se trataba de un sapo, entre cientos de especies, la función de su papada y el motivo de sus ojos saltones, fruto de milenios de evolución, pudo comprender su actitud ofensiva. Para rubricar, también halló lo muy poco que los diferenciaba genéticamente y más torpe aún se sintió.

Buscó al sapo para disculparse pero no lo encontró. Entonces, a modo de auto-reprimenda, le cambió el forro a la enciclopedia y le escribió bien grande: “Gran enciclopedia del Saber para los Perros Prejuiciosos”.

Los Libros

Muchos eran los libros que tenía aquel hombre. Comenzó a seleccionar los que irían en la biblioteca nueva y aquellos de los que se desharía.

— ¿Qué vas a hacer con esos libros, abuelo?

— Los voy a tirar...

— ¿Por qué?

— Porque ya están viejitos y no entran en la biblioteca nueva.

— ¿Por qué no los guardás en otro lado?

— Porque se amontonarían haciendo mugre y ya no me sirven...

— Pero, mamá me dijo que lo que no sirve lo podemos llevar a los que lo necesitan...

— Está bien, pero yo los tiro. Al que le sirva que los agarre y al que no...

— Pero si lo tirás, los camiones los aplastan y nadie los puede leer...

— Bueno, a ver... andá un ratito para afuera a jugar que el abuelo tiene mucho trabajo y aquí hay mucho polvo.

Así culminó la charla.

Al otro día, el abuelo pasó con el auto por la casa de su nieto a buscarlo, para que lo acompañase a donar los libros a una institución barrial.

El Don comercializado.

Cierto *cartomante*, comenzó a descubrir el potencial adivinatorio, o más bien interpretativo que había adquirido a través de las cartas. Comenzó a notar que no le era necesario todo el ritual que llevaba a cabo con el Tarot porque sabía de antemano, con solo estar en presencia de la persona consultante, lo que necesitaba trabajar para propiciarle sucesos armoniosos. Ya sabía lo que de la *tirada* iba a surgir.

Fue un día, entonces, que comenzó a cobrar sus sesiones porque pensó, como muchos, que era posible vivir de ese Don vocacional y, que como la gente piensa en dinero, se toma más en serio todo cuando paga por ello. Hizo, entonces, mucho dinero y vivió por un buen tiempo. Pero conforme sanaba la plenitud de los demás y advertía acerca del porvenir próximo de cada uno, la responsabilidad que el dinero ejercía y el apremio de cumplir con cuántos más clientes se pudiera, terminó, no solo por agotar sus fuerzas, por desgastar su mente, por notar el peso que se hacía sentir y no el gozo del que disfrutaba; que no fue capaz ya de prevenir sucesos propios y de los suyos. Descuidó la comunicación con su cuerpo y enfermó

gravemente, perdiendo, finalmente, casi todo el dinero que había hecho con el Tarot en carísimos tratamientos. Su apuesta a lo material lo sacó literalmente del terreno espiritual, antagónico en estos casos.

El sanador tiene la tarea de utilizar su Don en beneficio del bien desinteresado en los demás. La compensación por ello, no la paga ningún dinero del mundo, incluso en una sociedad tan materialista como la actual.

El *homo-electrónicus*.

El *homo-electrónicus* camina de prisa entre la masa hormigueante de personas, en la ciudad. Los altos edificios poblados de seres, lucen sus antenas, como caprichosas astas, que transmiten infinidades de sucesiones de ceros y unos.

Y el *homo-electrónicus*, cuyos ojos preocupados observan como delante de sí, figuras que se antojan pixeladas, surcan sus flancos y que hábilmente, con un movimiento de muñeca, aleja de ellos su maletín para que no lo impacten. ¡Es casi un arcade!

Piensa en electrónico, memoriza dígitos, passwords, logins, pins y códigos varios de todo tipo de adminículo equipado o no con pantalla LCD de cristal líquido y teclado alfa numérico. Su nueva adquisición es la que aún no salió a mercado regional, ese devorador mercado de aparatitos miniaturizados hasta lo ridículo, que de tan prácticos pasan a ser inmanejables, pero que cada *homo-electrónicus* desea y posee a como dé lugar o hasta el paroxismo.

Todo de lo natural le es indiferente al *homo-electrónicus*, a tal punto de preferir el plástico al papel, la moto a la bicicleta, la hamburguesa al guiso... Nada lo conmueve al *homo-electrónicus* porque está más allá de la pérdida de tiempo que significan las emociones. No puede, sin embargo, estarse

quieto frente a un libro, desde luego electrónico, ni ante transmisión de DVD de altísima resolución, ni nada que no sea una pantallita tan colorida como desinformadora.

Es así la vida del *homo-electrónicus*, tan sencilla como aburrida, tan distraída como embolante, tan tupida como efímera. Hoy no sabe que hacer, está en reparación. Se le averió el celular que lleva adosado habitualmente a su cintura. Sin el, casi no es un *homo-electrónicus*.

La risa interna. (verídico)

La oficina tiene ese ritmo que por momentos es vertiginoso y por otros apacible. Fue un día que sucediendo a un pico de trabajo, un par de trabajadoras entraban comentando:

— Era horrible –decía María- el niño tenía líquido en un pulmoncito y entonces lo operaron.

— Que barbaridad –contestó Ana revolviendo el café.

— Pero eso no es nada; en las radiografías posteriores revelaban que en el otro, también tenía líquido.

— Ay, que horrible, ¿y lo tuvieron que operar de nuevo?

— No sabés que pasó... -cortó María.

A todo esto, Germán, investigador espiritual en sus horas propias, escuchaba atentamente desde su escritorio en silencio.

— No me digas que se complicó...

— No, todo lo contrario, resulta que apareció un hombre mayor que andaba por las salas y le ofreció a la mamá hablar un rato con el niño.

— Ahá... –expresó Ana expectante.

— En eso, el hombre le pone la mano en el pechito y el nene decía que sentía calor. Conversaron un rato y el nene quietito, ¿no?

Resulta que en la radiografía en el quirófano, pronto para operarlo, apareció el pulmón sano.

— No me digas.

— Todo pronto para operarlo y el cirujano que llama a la madre para decirle que no era necesario, que estaba normal y no podía creer lo que pasaba. Con las dos radiografías en la mano.

— ¡Qué increíble, lo curó el hombre!

— El hombre le hizo Reiki y el agua del pulmón...

Y se alejaron como vinieron.

Germán, una vez más, esbozó esa risita interna de los seres espirituales.

Esa que suma una más, esa que nos comprueba que el poder, definitivamente está en nuestra voluntad alineada con el sentido de que todo tiene un porqué y está en nuestras manos saberlo, aprender y transmitirlo.

Los nidos.

Cerca de la época de apareamiento, algunas aves elaboran sus nidos artísticamente prendidos de las ramas, muy vistosos y bien decorados, con el fin de atraer un macho que lo habite junto con su constructora. A veces sucede que los roles son inversos. Pero los nidos más lindos y vistosos suelen estar a la vera del bosque, entre otras cosas porque es una característica de lucimiento. Son, tal vez, los más rápidos en conseguir pareja.

Hay nidos menos vistosos y más alejados del final del bosque. Quienes los construyen tienen experiencia, saben que un nido tan expuesto corre todos los riesgos posibles y, al final, terminan siendo los de aquellos pájaros que en sucesivas temporadas habrán aprendido a construir sus nidos menos expuestos a depredadores, lluvias, vientos...

Hay humanos “nidos”, que en sucesivas vidas han aprendido a interactuar con el medio según sus cualidades. Algunos, a riesgo de no aprender prefieren la vida en exposición y belleza, por encima de la certeza y la experiencia.

Mentes.

Hay mentes y mentes. Hay mentes jóvenes, viejas, renovadas, “aggiornadas”, efímeras. Hay mentes dentro de cráneos y hay mentes fuera de ellos. Las hay cuyos dueños han cultivado el poder de pensar, otros apenas para lo básico y lo instintivo.

Hay mentes con ruido y mentes con relativo silencio, pero silencio al fin.

Las mentes con ruido suelen provocar en sus portadores, diversos modismos, muletillas, tics nerviosos y generalmente, incontinencia verbal. Oyen sin escuchar, miran sin ver y malgastan su energía en que todos sus sentidos expresen al máximo y se agoten en excesos varios.

En cambio, las mentes con silencio, provocan en quienes tienen la dicha de haberlas administrado adecuadamente, el Don de la escucha y las percepciones, lenguajes analógicos que hacen del hombre un ser sumamente sabio.

¿Hombre nuevo?

Sólo el azul de aquél cielo era testigo de la situación. Todo era nuevo, todo era azar. Aquel ser descubrió que muy de a poco, podía ir hiriéndose para llegar más alto, mirar más de arriba, dominar más terreno. Había dejado, definitivamente, de ser primate. Aquel ser era un hombre, nuevo. No obstante, cuando por primera vez dibujaba en la pared de una caverna, ese hombre nuevo, nuevito, tuvo un de ja vú...

Aldo Suárez.

Agradecimientos:


Gracias miles a todos. Gracias a la fantasía que linda con la ignota realidad. Gracias al milagro hecho vida en mi hija, Arián y mi compañera Natalia.

Gracias a los que leyeron y dieron sugerencias, a los editores y a la voluntad sin la cual casi nada puede realizarse.

Aldo.

Se terminó de editar en **TresPie**, soluciones alternativas, en mayo de 2009.

Por contacto, aportes, comentarios, consultas o donativos:
aldosuarez10@hotmail.com adm@regionignota.com

Esta obra cuenta con los derechos de CC Crative Commons  Se podrá copiar, imprimir, compartir y reproducir en cualquier medio siempre que se cite la fuente y se especifiquen los datos autorales.